

## Recensiones

UNAMUNO, M.: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Edición de Antonio M. López Molina. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

Lo más destacado de esta edición de la obra de Unamuno es la fidelidad al sentir del filósofo vasco. El profesor López Molina aborda en la introducción los principales temas de esta obra capital dentro del *corpus* unamuniano. La exposición da comienzo con unos apuntes biográficos que nos acercan al hombre Unamuno, a ese hombre de carne y hueso que no puede sino servirse del estilo *ad hominem* para exhortar a todos y cada uno de sus lectores. También la introducción destila un agradable aroma kierkegaardiano evitando el frío estilo impersonal al que tan acostumbrados nos tienen los tratados de filosofía. De este modo describe el autor de la introducción los duros años del exilio: "Así vemos a un hombre de sesenta años de edad, viviendo en un continuo desarraigo entre París y Hendaya, sufriendo en soledad los terribles inviernos parisienses en casas frías y desangeladas, y anhelando el momento de encontrarse de nuevo con su mujer, con sus hijos y con su querida tierra vasco-castellana"(p.17). En la misma línea finaliza el relato biográfico, usando la primera persona y advirtiendo al lector que un breve esbozo es incapaz de apresar la abundancia y complejidad de una vida. "Éstos son, a grandes rasgos, los hitos de la vida unamuniana que a mí me suscitan mayor interés. Pero no olvidemos que la riqueza biográfica de un gran hombre no se deja plasmar en un texto"(p.19).

El método que vertebra la filosofía unamuniana es la contradicción, cuyos ejes serían la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida. Ésta es contradicción, agonía, tragedia que necesita ser pensada con todo el cuerpo y el alma. Unamuno no es tanto irracional como contrarracional, puesto que no prescinde de la razón, sólo la supedi-

ta a la vida, es decir, la pone en su lugar. Esa razón que los ilustrados escribieron con mayúscula pierde toda su fuerza cuando se enfrenta a los sentimientos, como sentenció Pascal en aquel juego de palabras que se ha convertido en cita obligada. Entre la vida y la filosofía existe una relación simbiótica, pero la historia de la filosofía está llena de seres demediados que no ven más allá del razonamiento abstracto y del pensamiento sistemático.

La necesidad de perseverar en nuestro ser como conciencia que se sabe única e irreplicable nace del horror a la nada y, como medio para huir de ésta, de la necesidad o hambre de ser, de seguir siendo (egotismo). Podríamos decir que el *horror vacui* ontológico es el origen del ansia de inmortalidad que sustenta la filosofía entendida como reflexión sobre el sentimiento trágico de la vida.

Según Unamuno se filosofa para hallar una finalidad a la vida, como ejercicio de resignación o, sencillamente, con un afán lúdico. Él lo hace movido por el deseo de encontrar la causa final, la teleología del mundo y del yo. Todas las teorías sobre los orígenes buscan, a través del origen, alcanzar el fin. Esta cuestión admite tres puntos de vista:

1º. Creo que me muero del todo. Este punto de vista, propio del científico, del agnóstico, muestra la incapacidad de la razón para resolver cuestiones fundamentales.

2º. Creo firmemente que no voy a morir del todo. En este caso estamos ante la fe irreflexiva del creyente ingenuo.

3º. No logro alcanzar la certeza y, por ello, el alma está constantemente desgarrada por la incertidumbre.

Unamuno nos habla también de dos teorías acerca del origen del hombre. Por una parte está el Génesis, relato que nos presenta el conocimiento-progreso como efecto de la curiosidad-pecado. Otra interpretación del origen de la vida es la ofrecida por la teoría darwiniana de la evolución. Ésta nos define como seres inadaptados que han desarrollado la inteligencia para sobrevivir modificando el entorno. El punto de vista evolucionista corresponde a lo que este filósofo llama conocimiento directo e inmediato que se guía por el estómago. Pero, además, tenemos el conocimiento reflexivo que nace del amor, lujo que solamente la especie humana se puede permitir. Por esta razón la ciencia-técnica no es más que un instrumento puesto al servicio de los intereses y deseos humanos. Aquí Unamuno está anticipando la tesis principal de los constructivistas, a saber, la no neutralidad de la ciencia incluso en el aparentemente aséptico "contexto de descubrimiento". El conocimiento reflexivo, que responde a las necesidades del instinto de perpetuación, es el ámbito del hambre de inmortalidad que Unamuno jamás pudo saciar. Sabernos mortales es el detonante del sentimiento trágico, es decir, de la experiencia filosófica. Éste es quizá el principal rasgo que nos distingue de las demás especies. "Desde el punto de vista antropológico, el hombre es un *animal guardamuertos*. Es el culto a los muertos lo que distingue más radicalmente al hombre del resto de los animales"(p.32-33).

El hombre egotista está enraizado en la tradición individualista-liberal de J. S. Mill y se posiciona en contra de los colectivismos de cualquier orientación. Un solo hombre vale todo el Universo o, como repetía constantemente Borges, el hecho de haber dado a conocer a Stevenson a un solo hombre es suficiente para justificar toda su vida. El egotista, en definitiva, “desea el mayor bien posible para todos y cada uno de los individuos”(p.33-34).

No todos estamos preparados para encarar este sentimiento que escapa a cualquier demostración argumentativa. Unos se consuelan con aquel principio según el cual la energía ni se crea ni se destruye. De la tierra venimos y a ella volveremos para fertilizarla y colaborar así en el proceso de la vida. Otros prefieren un tiempo circular que va repitiendo cíclicamente nuestros destinos. También existe el recurso más mundano de sobrevivir, a través de la fama, en la memoria de los que nos sucederán (erostratismo). El catolicismo, en cambio, consciente de nuestro deseo de perdurar, ofrece la resurrección de Cristo y, gracias a él, de todos nosotros. Nos hacemos partícipes de la inmortalidad en el momento de recibir como alimento el cuerpo y la sangre de Cristo. ¿Qué llevó a Unamuno a perder su fe católica si esta religión ofrece justamente aquello que él tanto anhelaba? Esta fe le abandonó porque no tuvo el honor de formar parte del grupo de “elegidos” que logran fundir su alma con Dios en íntima comunión mística, ni le sedujo la idea de unirse a aquellos que cientifican la religión para defenderse de los ataques de los racionalistas. Para los últimos tiene el filósofo palabras bastante duras. El concilio de Nicea pacta con el politeísmo para clarificar el misterio de la Santísima Trinidad y pierde, a lo largo del proceso, la verdadera esencia del cristianismo. La única opción que nos queda, concluye amargamente Unamuno, es caer en la herejía.

Y es que la razón es enemiga de la vida y todo lo que puede hacer si se la enfrenta al problema esencial del ser humano es “disolverlo”. Como alternativa a la razón analítica, destructiva y abstracta tenemos lo arracional o contrarracional: el mundo de la fe. El profesor López Molina enfatiza la gravedad del conflicto unamuniano al expresar la incompetencia de la razón cuando de problemas concretos de vital importancia se trata; “la razón no ocupa posición alguna, pues en rigor no es que niegue la inmortalidad del alma, que en sí mismo ya sería una solución, sino que lo que sucede es que *es incapaz de conocer el problema* tal como el sentimiento vital lo presenta”(p.43-44). Existe entre fe y razón una lucha constante de opuestos complementarios que nos instala en un incómodo estado de contradicción permanente. La única fe que tiene sentido es la fe que duda porque la fe que no duda es una fe muerta.

Si hasta aquí ha tratado de comunicar el sentimiento trágico de la vida en los hombres, dedica Unamuno la última parte del libro a considerar este sentimiento en los pueblos. El s. XIX europeo es el siglo del progreso, la razón, la ciencia, el pesimismo y el nihilismo. La ciencia se ha erigido en la nueva, aunque no santa, Inquisición, que no tortura y quema los cuerpos pero mutila las almas con total impunidad. Y en lugar de excomulgar a los disidentes, se limita a neutralizarlos mediante

la acusación de reaccionarios. A todo esto responderá lúcidamente Unamuno que sólo es reaccionario quien se encuentra cómodo en el presente, sobre todo si ese presente está dominado por un único mito que considera irrelevantes cuestiones como la felicidad humana y las posibles formas de alcanzarla. "El mundo tiene que ser como Don Quijote quiere que sea, y las ventas han de ser castillos; y puesto que la razón científica no proporciona al héroe de la Mancha lo que éste le exige, seguirá siendo necesario continuar buscando en el desierto racionalista un oasis de irracional esperanza"(p.53).

Complementando la introducción tenemos una selección bibliográfica comentada, de mucha utilidad para el lector que desee profundizar en el universo unamuniano y una cronología que pone en relación la andadura vital y literaria de Unamuno con la de España y Europa.

Una vez finalizado el prólogo, el lector/a tiene ante sí el escrito unamuniano para sumergirse de lleno en este apasionado periplo vital que tan magníficamente ha sabido presentarnos el profesor A. M. López Molina.

Ana P. ESTEVE

THÉMISTUS: *Paraphrase de la «Metaphysique» d'Aristote. (Livre Lambda)*, traduit de l'hébreu et de l'arabe, introduction, notes et indices par Rémi Brague, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1999, 175 pp.

Si hace poco el Profesor de la Sorbona, Dr. Rémi Brague, nos presentaba una nueva traducción del *Tratado de Lógica* de Maimónides, realizada a partir del texto árabe, ahora nos ofrece una versión de un difícil texto, no conservado en su original griego, sino sólo en versión hebrea y en varios fragmentos en árabe: se trata del comentario o paráfrasis de Temistio al libro Lambda de la *Metafísica*. Traducido el texto al árabe por Abu Bishr Mata o por Ishaq b. Hunayn, luego fue vertido al hebreo por Moisés b. Samuel b. Tibbon, perteneciente a la prolífica familia granadina de los Tibónidas e hijo del traductor hebreo de la *Guía de perplejos* de Maimónides.

La traducción anotada de la obra va acompañada por una introducción, una advertencia y, tras la versión, un comentario aclaratorio a pasajes o palabras que lo precisan. Finaliza con una bibliografía de obras citadas, unos útiles índices hebreo-árabe y árabe-hebreo y un índice de nociones. La introducción nos informa sobre Temistio y sus comentarios, con una amplia referencia a obras en las que se dan noticias sobre los comentarios o paráfrasis compuestos por Temistio, sobre su comentario al libro Lambda de *Metafísica*, y los problemas de transmisión que plantea el texto, sobre su género y su estilo literarios, sobre la recepción que ha tenido esta paráfrasis, recogiendo testimonios de autores árabes, judíos y latinos sobre ella; finaliza la introducción exponiendo brevemente las principales doctrinas filosóficas contenidas en el texto traducido.